

1952
"99 La Morgue", de Ramón Griffero

Entre película de terror y poesía maldita

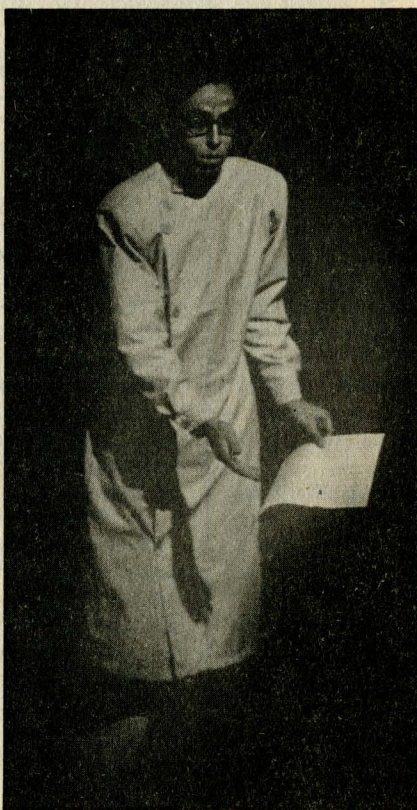
Juan Andrés Piña

El lugar donde los personajes de Ramón Griffero viven sus vidas parece ser una de las claves que ayuda a entenderlos: un galpón abandonado, un cine en ruinas o un urinario público. Se trata de escenarios terminales, marginales de la ciudad, donde la impureza y la contaminación muestran las llagas más repulsivas de los honestos ciudadanos. En su reciente estreno de la sala El Trolley se trata de la morgue, conocida en Chile como el Instituto Médico Legal. 99 La Morgue aspira a recrear, precisamente, ese espacio sórdido en el que alguna vez nos reconoceremos.

Al comienzo de la obra, el nuevo director de la morgue (Eugenio Morales) pronuncia frente a sus subordinados un discurso estremecedor y apocalíptico, donde anuncia que el establecimiento retomará la tradición que lo hizo célebre y ocupará el puesto que le corresponde en la sociedad. En suma, su trabajo se verá acrecentado: una inmensa cantidad de "ahogados" repleta el recinto a medida que la acción avanza.

El personal, entretanto, llena fichas y sobrevive sin preocupaciones de lo que allí ocurre, excepto Germán (Alfredo Castro), recién incorporado al trabajo. Sus modestas pesquisas le hacen descubrir que primero los cuerpos han sido maltratados y después lanzados al agua. Otro ayudante (Rodrigo Pérez) también lo sabe, pero se resigna a callar. Mientras, el espectador conoce a fondo al director: en una plataforma que domina el escenario, sobre la mesa de disecciones o en el interior de un depósito, el funcionario alcanza climas sexuales con los cuerpos ya sin vida o agónicos. En sus momentos de esparcimiento, simplemente juega billar sobre las lasas heladas o simula ser el César.

Germán es aquella suerte de conciencia vigilante característica en los lugares de la corrupción. Lo rodean sólo aquellos ingenuos, ignorantes o evadidos: la sirvienta Fernanda (Carmen Pellisier), que sueña con viejas historias coloniales o dormir



con su amado frente al televisor, y el ayudante, silencioso y tolerante. Igualmente, un coro de evangélicos canta que "más allá del sol tengo un lindo hogar". La chispa definitiva que convence a Germán es aquella insistente señora (Marisol Gutiérrez)

que pregunta por su hija desaparecida y desfila, finalmente, con su fotografía por todos los escenarios de la obra. Con Germán, por supuesto, sucede lo que tiene que suceder...

SILENCIO HOSTIGOSO

Griffero, como en otras obras, dispone en *99 La Morgue* múltiples posibilidades espaciales. Al lado derecho, la habitación de Germán; al centro, el temido depósito; y al costado izquierdo, una vitrina de exhibición de prostitutas, donde desde el pasado se asoma la madre de Germán (Andrea Lihn). La sala de disección tiene una mesa que a su vez es billar y cámara de torturas, prolongando así los espacios, como una metáfora adicional de lo que esconde un lugar oculto y sagrado. Y, también como en otras obras, el color dominante es el gris, al estilo de una película en blanco y negro, incluso con cámara lenta y retrocesos de la acción.

Pero esta morgue (donde "se recuperarán los nobles ideales que la inspiraron"), que es el presente, convive con un pasado algo más ambiguo y a ratos confuso. Se trata de una especie de tradición nacional, optimista y alegre, mística o mitológica, representada en esa momentánea visión de la Virgen del Carmen al comienzo y al final, o en los desaprensivos parlamentos de Bernardo O'Higgins en un barco que lo lleva a Londres.

El contrapunto de dos países no es sólo ideológico, sino también estético: del pasado sólo vienen coplas y parlamentos redichos, colores chillones y melodramas quejumbrosos, mientras que el hostigoso silencio del presente desmiente aquellos sueños perdidos o quebrados, al estilo de *Cinema Utoppia*.

"MAS ALLA TOMABAN PISCO SOUR"

Como en una construcción barroca, Griffero incluye además a una abuela demente y enigmática (Verónica García Huidobro), diosa griega que se negó a morir, quizás el personaje más difuso y arbitrario. Su inclusión sólo se justificaría por recrear aquel pasado que retorna siempre, aquellos muertos que quieren seguir viviendo. Pero al margen de la multitud de elementos a veces no resueltos en el total de la obra, *99 La Morgue* es una obra de atmós-